V

LO QUE AGRADA AL PADRE

La vocación personal de cada alma es como un cuestionario de amor, que Jesús le hace y que ella debe de rellenar al terminar su existencia.

Nuestra vocación personal es la fórmula de nuestra perfección, pues, como dice muy bellamente Hans Hurs von Balthasar, "en la misión que cada uno recibe se cifra esencialmente la forma de santidad que se le da y que se le exige".

El don total es para producir santos, pero estos santos, no han de darse conforme a un programa idéntico para todos, sino mediante la correspondencia a un mensaje personalísimo. Su voluntad es nuestra santidad.

Por eso el don total perfecciona en todos los tipos de vida, en todos los atractivos y senderos.

Lo que exige es calidad, intensidad, selección..., plenitud..., ¡sea donde sea!

Por eso el don total no es una espiritualidad de horarios, ritos o planes, para la religión o para la soltería, sino una *oblación de amor que nos lleva a reproducir incesantemente ese gesto de Cristo*: "Yo hago siempre lo que agrada al Padre"...

En el cielo todo lo veremos en la Trinidad, allí comprenderemos que las cosas tal como están escritas en Dios son muy distintas de como las enfoca o razona el criterio humano.

¡Cuántas almas hondamente contemplativas hemos

conocido en el matrimonio, cuántas vidas humildes en vocaciones fracasadas, quizás incluso por falta propia, pero que supieron inclinarse hasta el suelo y entrar por la puerta estrecha que conduce a la vida!

Las que practican el ejercicio diario de darse, saben bien que Dios no se mide por nuestros estilos y maneras.

"Dios revuelve el mundo, por hacer un santo", decía, experimentada, Teresa Soubirán, y es cierto que El no teme alborotar las superficies cuando se trata de sumergir a un alma en la profundidad de la perfección.

Más de temer son las vidas fáciles, armoniosas, donde todo rie y juega a la primavera, donde la cruz no se clava, y la humillación no se prodiga. Pobres almas, las que se ríen del don total, porque no está a su alcance esa delgadez absoluta de la entrega, porque mantienen cuidadosamente sus inclinaciones naturales, porque defienden su propio modo de ser y atropellan sin consideraciones, ni miramientos, la delicadeza ajena, con la venda cegante y ennegrecida que rubrica "lo nuestro lo mejor".

Almas obstinadas en seguir por su carril, sin esa libertad alada que permite escaparse del propio cautiverio, para volar ágilmente hacia Dios.

El don total quiere inclinarse como un mensaje de entusiasmo sobre tantas vidas machucadas y contradecidas: la chica que no puede ser capuchina porque tiene que alimentar a su madre; la esposa, víctima y salvación de un hogar torturado; la enfermita sin ilusiones posibles; el Párroco de un pueblo de vía estrecha; el alma mística tenida por neurasténica...,

todas esas circunstancias donde se da la firme base del "querer divino".

¡Insulas extrañas las llamaría San Juan de la Cruz, que sabe de esos trances y adivina el amor embistiendo, adornando a las almas, en unos desconciertos tan pasmosos y sorprendentes que asustan a todos.

Y aun para las que el orgullo llevó lejos, o las propias rebeldías pusieron en la hora difícil..., Catalina de Génova supo de cincuenta años de lejanías divinas... ¡y qué pronto lo olvidó el Señor!

Y no digamos para las selladas con la calumnia o la incomprensión, con la cerrazón de los hermanos... para las horas de juicios erróneos, de cambios y destinos difíciles, de pasos equivocados.

Están en actividad las causas de beatificación del P. Arintero, dominico, y del P. Juan Vicente, carmelita descalzo. Ambas eran almas magníficas, ardientes, enamoradas de Dios. Muy españoles y por lo tanto, muy integristas, se enzarzaron en lides teológicas y místicas, se hirieron mutuamente. Su arrepentimiento, su manera tan noble de empezar de veras otra vez su santidad, su proceder tan edificante, hizo que aun manteniendo cada uno hasta el fin su idea, pues ambas eran legítimas y rectas, sus vidas hayan alcanzado una cumbre heroica, precisamente por esas humillaciones.

Son dos imágenes patriarcales, que como aceituna bajo la piedra se han tornado aceite, óleo, perfume... Mil veces más felices ellos que las almas pequeñas, moderadas, incapaces de generosidad sino a gotas...

Algún día estas almas reciben la aclaración de todas sus oscuridades, cuando sólo buscaron oscurecer-

se más y más..., dejan lo plural para comenzar lo unitivo, y saborean para hacer en todo lo que agrada al Padre; es adorable cuando entendemos la Voluntad de Dios..., pero mucho más bello y adorable todavía cuando no se la puede entender.

Lo espléndido en esta vida consciente, de elevación progresiva, es que a medida que vive más enteramente el querer divino, se va transfigurando, llenando de luz.

De estas almas escribía el santo Obispo de Palencia: "Amar es *darse;* el que *no se da,* no ama". Y esta frase: "Que mi gran gozo y fuente de todos mis gozos sea guardar tu Voluntad cada día y cada hora".

Sean cuales fueren los atascos, los descarríos y caminatas fuera de ruta, nunca es demasiado tarde para la "reconstrucción de la vida".

"Regiones devastadas" puso rápidamente en el ruinoso panorama de nuestra post-guerra el resurgir de pueblos nuevos, de iglesias rehechas, de bloques vistosos de casas baratas.

El alma fuera de su camino, no debe nunca estancarse *inmovilizada en el presente.* Siempre es hora de reedificar.

Tres fábricas distintas lució la catedral de Sevilla, bella como iglesia visigoda, más lucida aun como mezquita, pero que rebasó todos los moldes cuando los canónigos hambrientos de impetuosa grandeza, de alabanza impulsiva a Dios, se propusieron unánimes: "Hagamos una Catedral, que los siglos venideros nos tengan por locos...". Y fue todo mucho más majestuoso, rico y artístico, y las dimensiones sobrepasaron a toda traza acostumbrada.

Siempre nos queda esa tercera reedificación de la santidad, la más madura y, quizá la más bella.

Quedé una vez impresionada por unas circulares y unas cartas que me pusieron en contacto con un alma maravillosa y esforzada. Dueña de una voluntad acerada y decidida pudo escribir estas palabras: "Afirmo que se puede reconstruir la propia vida y reformar el carácter según que se quiera más o menos decididamente. La voluntad se robustece tras la repetición de los mismos actos, y se llega a esa fuerza indomable que admiramos en los santos".

La que así hablaba, tenía derecho a hacerlo porque lo había conquistado a punta de lanza. Viuda a los veintitrés años, dueña de inmensas riquezas, bellísima y elegante, la Marquesa de Rudini Carlotti, había atropellado todas las conveniencias de la religión, del rango y de la sociedad, para ser la amiga apasionada de Gabriel D'Anunzio. Sus derroches y excentricidades mientras vivió con el poeta no hubieran nunca podido permitir la sospecha de que aquella mujer altiva, fantástica, caprichosa, de un ateísmo práctico y un orgullo sin semejante, llegaría a ser no mucho más tarde, una carmelita descalza edificante y santa que morirá después de varios prioratos y fundaciones, dejando a todos la memoria de su enérgica perfección y de su santidad auténtica.

Todavía escribía, cuando ya era la Madre María de Jesús: "No conozco nada tan emocionante, tan conmovedor como este rudo trabajo del alma que se labra a sí misma con profunda humildad purificativa, que se carpintea para llegar al plan divino..., elevando su carácter tenaz..., adelgazando su propia conciencia;

desbastando la voluntad, consolidando y remachando los clavos del querer, para pasar de su existir limitado a la gran obra divina, de su sensibilidad a la muerte de Cristo, de su estilo a un maravilloso programa de santidad. Fe, voluntad, decisión y llegaremos al término perfecto de la unión consumada."

Verdaderamente ello supone rebautizar su vida, hacerla nueva bajo el chorro de la gracia, no desistir por pecados, pasiones y costumbres desarregladas de esa posibilidad de santidad que tenemos abierta..., esplendente, de par en par, aguardándonos mientras nos quede un día por delante, mientras una palabra de cambio nos traiga una respuesta de renovación.

Todo madero puede ser enderezado; toda carretera admite rectificaciones que la cambien en pista de gran lujo.

Todo móvil puede ser sublimado o sustituido.

Recuerdo haber leído de una enfermera de guerra, que ofreció no contraer matrimonio para obtener una gran gracia del cielo sobre la menor de sus hermanas. Era una chica moderna, libre y su piedad era casi nula, y lo ofreció como el mayor sacrificio. Algunos años después, todavía joven, fue viendo en ello el llamamiento a un estado de consagración. Era esto inaudito dada su poca vocación. Pero Dios fue entrando por ahí en su vida. Fue como la picadura que deja entrar el agua.

Más tarde las luces se fueron hilvanando y las estrellas de sus inspiraciones escribieron su vocación en el cielo.

Marcela Fuglesang —que así se llamaba— explica desde su puesto hospitalario:

"Tengo la impresión, Padre, de que debo sacar de mi vida el "maximum".

¿Cómo estarme parada ante tanta necesidad y penas como hay por todas partes? Si los sacrificios del Cura de Ars, si sus mortificaciones operaban tantas conversaciones, ¿no tengo la terrible responsabilidad de no hacer nada, de resignarme con poco, de no ofrendarlo *todo*?."

Y esta joven enfermera prosigue:

"Me parecía insoportable pasar una hora de oración siendo tan activa, era una cosa larguísima; pero ahora lo hago con amor y veo que cambia mi vida. Esta tarde con mi secretaria y una enfermera he pasado una hora en una capilla casi ruinosa para pedir por Francia, y espero conquistar a más enfermeras.

Desde cuaresma duermo sin almohada; sólo me costó las primeras dos noches, y por la mañana tomo la manzanilla sin azúcar y dejo la mantequilla a una compañera. Pero ¿qué es esto cuando hay tanto penar en el mundo? Crea que a pesar de mi corta devoción hay en mí una especie de llamada vehemente al *don total*."

Esto lo escribía en 1942. Le queda poco y ella se apresura.

"Estoy convencida de que la vida interior es la condición indispensable de todo apostolado. Es lo "esencial" si se quiere tener influencia apostólica. He decidido para llegar al *máximum, disminuir al mínimum los obstáculos a la gracia;* éste es mi programa: quiero vivirlo.

Y porque tengo un deseo "real de perfeccionamien-

to" es por lo que no espero a... otra cosa, sino a llegar al fondo de mi destino actual de inspectora."

En noviembre de 1942 la encontramos en la prisión de San Quintín. "Quiero hacer fecundas "mis gracias de estado" no perdiendo ahora mi ideal."

Después en el fuerte de Romainville, luego en el espantoso campo de concentración de Auschowitz. Aún prisionera, sabemos por una comunista que allí la trató algo, de su imponderable generosidad. La inspectora de las enfermeras francesas acostó en su pobre jergón a una repugnante enferma con quien nadie quería acostarse. Se ocupó de ella con una ternura maternal, vivió así su "máximum"... Contagiada del tifus, Marcela murió sin poder ser canjeada..., exangüe, diáfana..., como un testimonio acabado de su devoción personal.

No necesitó la fuerza de un fondo apropiado —esas lejanías velazqueñas que completan el retrato exigido y lo "sitúan"—, ni esperó el adorno de un marco valioso. Las vidas bellas, lo son en sí mismas, tengan o no paisaje, condiciones y barniz.

La vocación personal se da "ab intus" y puede desarrollarse aun en los medios más contrariantes. Testigo de pobreza de espíritu ese Marqués de Comillas, rodeado de bancos y vapores, de acciones y de divisas.

Contemplativa y víctima en el matrimonio esa portentosa Carmen Sojo de Anguera. Padre de muchos hijos, que nunca había de conocer, ese siempre fracasado San Luis Grignón de Montfort, que al morir deja sólo dos religiosas y un sacerdote, después de veinte años de afanes de fundación, y muere "sin ver"

su posterioridad, que hoy alcanza más de 7.000 religiosas de sus distintas obras y una legión interminable de seglares que viven de su espíritu.

Nuestra vocación es *personal*..., magníficamente propia, *¡mía!*

No son nuestras vidas "standard" como en algunas colecciones que nos dan santos prefabricados, metidos todos en las mismas páginas y en idéntico número de capítulos.

No estamos hechos para encajar en una estructura o colorido "en serie".

"¡Serie románica, serie renacentista...!"

La santidad no tiene encasillados, sino que es franca, real, independiente y cada una de nuestras existencias, tiene que labrarse, tallándola sola, sin aguardar a que "se den los sucesos" y acontecimientos de la vida estereotipada de los santos.

Nos pareceremos o no nos pareceremos.

Dios es tan grande que puede darse el lujo de variar a lo infinito.

Y habrá vocaciones desgarrantes en su realidad y en su crudeza, y habrá otras que nos presionarán como un reclamo insistente, unas terceras suscitarán tempestad, fulgor, embestirán los senos del alma..., mientras que las de más allá nos pasman por lo corrientes, ¡sí!, porque se trata de una mediocre, vulgarcete, que supo de pronto atravesar las fronteras y subir a santo grande.

No lo dudes... Medita...

Llevas en ti tu vocación personal, tu profundo e ignoto misterio.

Tienes en lo recóndito una materia de algo que puede crecer, plenificarse.

Sin matar tu personalidad, sino purificándola, hermoseándola..., dándole impulso...

A cualquier hora puedes comenzar tu vida...

Y no habrá en el mundo más que Dios y tú...

Y pondrás el pie en la escala que sube, que asciende, que eleva... Quizá sea una "supervocación"..., "llama en la noche".

Cada santo es siempre deliciosamente inédito.

El Señor llama a todos.

A los temperamentos perfectos y a los enfermos y a los débiles.

Neurótica proclamaron los médicos a Gema Galgani.

Ciclomítica llaman autores carmelitas a Teresa de Jesús.

Un caso patológico fue San Benito Labre.

El Señor tiene poder para que su gracia triunfe sobre los déficits humanos.

Lo consolador es que los santos sean de carne y hueso.

Fantásticos e imaginativos como la Fundadora de las Obras de la Cruz, alma eximia de incomparable entrega, Concha Cabrera de Hermida.

Sensibilísimo como el abrasado Obispo del Sagrario-abandonado.

¿Qué más da?

Desde su gloria refulgente alaban al Señor que los hizo tan grandes siendo figurillas de barro..., y nos animan...

Sí, El llama..., no precisamente para monja ni para catequsta.

Te llama..., "para tu don total"..., para tu vocación personal...

Entra dentro de ti... Pemán ha puesto estas bellísimas palabras en labios del P. Chaminade, cuando ya no resiste más y se entrega así, de arriba abajo, de izquierda a derecha..., todo él..., todo él..., a la presión maravillosa y divina que lo persigue...

Sin voz y calladas..., que sean ellas la oración de tu hora definitiva.

"Dios me aprieta de llamadas,
Dios me sitia de amor,
cercando están mil almenas trompetas,
trompetas de Jericó.
¡Abriré mis puertas todas!
¡Pasa y habla, mi Señor!

Dime tu palabra clara
como los rayos del sol,
di si acierto o me equivoco,
di si me quieres o no,
di se me prefieres muerto
o vivo; si mi misión
es un grano de alta empresa,
o paja de una ilusión.

Todo tienes que decírmelo
Tú solo, Dios y Señor,
...yo espero inmóvil, pendiente
del mandato de tu voz."

VI

CAUSAS SEGUNDAS

Las encontramos citadas en numerosos tratados de ascética. La hagiografía las sitúa en casi todos los capítulos de las vidas de los santos, influyendo, aniquilando, imponiendo rumbos y conduciendo con mansedumbre de líneas y asombro de plástica, con donosura o con espasmo, al siervo de Dios, el guión hagiográfico de su santidad peculiar.

Dios las suelta como palomas mensajeras —no siempre anilladas, ni con certificación de procedencia—, o las deja obrar con esa elegancia confiada del maestro en la labor aprendida que él puede siempre rehacer. Las delega, las comisiona, las permite o las tolera; pero todo esto, a veces, tan disfrazadamente, con tal camuflaje de exterior que, muchas almas, ansiosas de vida perfecta, se nos acercan turbadas con la pregunta trepidante:

"¿Qué son las causas segundas?" Porque así llaman a mi poca fortuna, a mi madre, a mi reuma..., al Párroco de mi pueblo, y yo no acabo de enterarme bien de cuándo lo son, de cómo lo son y por qué lo son...

Veamos: Desconocemos la entraña de los misteriosos designios divinos sobre nuestra perfección. Ignoramos el anteproyecto de sus habitaciones y moradas. Sabemos que El nos ama, que entre millares nos escogió con una predilección candente y venturosa para El solo; que nos incorporó a su Cuerpo Mís-

tico, y que en esta Gran Central de su Esposa la Iglesia, tiene para mí la anotación amorosa y delicada de un tratado de amor... Pero ¿cómo será esto?

Tal vez soñó el alma con una fuga del mundo y de trasiegos y buscó el aislamiento de la paz franciscana, o de la contemplación del Carmelo... ¡Feliz día!... Pero llegó la enfermedad, o la circunstancia difícil, y ¡de nuevo en casa! ¿Quién averigua ahora por dónde siguen subterráneas, abundosas, las trazas de Dios?

Quizá fue un sacerdocio preparado con diligencia, asegurado con una base de entrega y fervor, de ciencia y de técnica pastoral, garantizado para largo tiempo..., y ahora el pueblecito árido y reseco con doscientos vecinos amplios y cachazudos, que sólo necesitan al cura para la Novena de la Patrona, o para el Día de los Difuntos... Y así seguiremos...

¡Cuántas oficinas para quienes buscaron un convento!

¡Cuántas enfermedades para estancamiento de bellísimos apostolados!

¡Cuántas madres inmóviles que reclaman la felicidad del hogar!

¡Cuántos malentendidos que ponen tapias entre dos corazones!

¡Qué velos y qué rejas de incomprensión entre los que buscan igualmente a Dios!

Y en las cumbres mismas de la generosidad heroica, de la caridad total, ¡qué hundimientos, qué desorientaciones o qué procederes y circunstancias!

No entendemos esos mapas de extrañísimos circuitos, y nos causa mareo el enredo divino de los cami-

nos de perfección... Y siguiendo nuestras técnicas humanas, pondríamos un bosque donde el calor deprime, y un huertecillo oloroso en la curva bien regada.

¡Pero el Señor, no! En las horas de más fidelidad acumula todos los desastres, y cuando el pobre santo no tiene ni respiro, los malos y los buenos, todos, de muchos modos, le oprimen más y más, y cargan sobre él denuestos, injurias, menosprecios, mientras sufre enfermedades y el alma le duele y le agoniza en asaltos diabólicos, y noches cerradas e impenetrables...

El hagiógrafo continúa: "Dios permitió las causas segundas dejando que ellas, como operarios, desbastasen la madera, la cepillasen a su placer, y contentamiento..." Y siguen fracasos, anulamientos, falsas traducciones del sencillo querer del pobre siervo que está con llana franqueza buscando a su Señor.

Y se presentan esas horas desconcertantes, en que esa dulcísima Madre Angelita, tan adorada de sus hijas, pasa y saborea una extraña soledad; en que María Teresa Soubirán, Fundadora y General, es echada de su Congregación y profesa en Nuestra Señora del Refugio, de París; en que don Enrique Ossó tiene que alejarse de su obra predilecta y soñada..., y a la Madre Sorazu le quitan su Director y Padre, merced a caluniosos desahogos de sus hijas.

Y mientras, el hagiógrafo continúa escribiendo: "De cómo las causas segundas fueron los sacretos cooperadores de Dios."

Por las causas segundas, Dios se nos entra en la vida de puntillas, tan escondidamente que sólo el amor lo distingue y lo recibe a El.

No es radio, ni es televisión de sus deseos; pero puede ser tan arraigado el buen espíritu de un alma, que se ilumine su visión y lo perciba su fe.

Las causas segundas han sido llamadas por algunos místicos "sacramento", y, en cierto modo, son eso: "accidentes y materias, bajo las cuales se nos entrega El."

Son comunicaciones de su voluntad y de su acción; porque lo peculiar de estas causas segundas es su activa operación sobre nosotros.

Nos consuelan y nos castigan, nos entonan o nos deprimen, nos llenan de lágrimas o de exaltación, nos inquietan o nos sosiegan, nos turban o nos aclaran. De todos modos, causen lo que causen en nosotros, pueden ser siempre "venidas del Amor", "descensos y bajadas de su intimidad".

Nos sirven de disciplina y cilicio, de noche oscura y de purgación, de victimación realista y consumada unión. Las causas segundas son siempre un altar donde podemos celebrar nuestra Misa.

Dios se desliza hasta nosotros por esa maroma invisible; ellas se mueven y agitan, pero dentro hay una palanca piloto que lleva entre sus manos el Señor.

Las causas segundas caen sobre nosotros en forma vertical, punzante, de puñaladas y de fulminación. Recibámoslas con una horizontalidad de brazos abiertos, de inteligencia ensanchada, que aun entre sus brumas ensaya su Bienvenida el Amor.

Las causas segundas son sencillamente: la Providencia y el oportunismo divino que nos llega a través de personas, cosas y circunstancias.

Es la ocasión de darle viva nuestra vida, dándole

la prueba del mayor amor, muriendo por El a todo yo, a todo amor propio, incluso a todo ideal del espíritu por manos de criaturas, domésticos o desconocidos.

Es dejar a Dios todos sus derechos y que para su gloria nos "ponga en liquidación" haciendo la almoneda de las más gratas iniciativas, de los más puros ensueños, de todo lo que quisimos para su gloria y nuestra perfección.

Desde un cambio de oficio hasta una enfermedad mortal; desde un fracaso a una situación insostenible; desde la ingratitud de unos discípulos hasta la plena incomprensión de los Superiores; desde un arrinconamiento a la anulación total; desde ese secreto romper del mismo espíritu del espíritu hasta esas agonías victimales, que riegan y fertilizan la Iglesia entre... Todo, todo eso, bajo lo cual Dios actúa en nosotros, es causa segunda: porque, aunque no nos presente en traducción directa y su voluntad o su actividad, nos da la clave y el diccionario de sus quereres.

No escuchamos su voz, pero nos la repite en magnetofón; no será su presencia, pero sí su sombra que recorta su mismo estar entre nosotros.

No andemos formulando planes de vida raros y maravillosos, ni penitencias extremosas de personalidad. La santificación de las causas segundas es el más concreto y seguro de los propósitos de perfección.

Nuestra circunstancia es el marcador del impulso divino, y hemos de bautizar la circunstancia, santificarla, encontrar en ella a Dios, desposarnos allí con El.

Ante las causas segundas la actitud del alma debe ser triple:

1. De sumisión y adoración abismada. Dios, inmenso e infinito, decide, envía, quiere... Al alma que ha sentido algo de su Majestad, de su Sabiduría, de su Ser, sólo le toca hundirse en esa llanura de su Voluntad. Todo coopera al bien de los que le aman, y no hay circunstancia que impida ese acreditamiento de amor que se oculta ante el Ecce, el Suscipe, y el Fiat.

El amor reside en la fusión de los quereres.

2. El alma no debe preferir ni alterar los planes divinos.

Aceptamos la enfermedad, pero sin gran complicación o resultado, y ése es el que en las manos divinas están adquiriendo el potenciario para su designio y amor.

A menudo, ante los crueles y atenazantes procederes divinos, el alma exclama dolorida:

"Señor, quiero tu Cruz..., pero sin esto..." (este esto, suele ser a menudo lo que es cruz en nuestra cruz).

Esto es lo que nos oprime y desorienta, aniquila, deforma y angustia en nuestra especial circunstancia.

Queríamos, sí, la pérdida de la fama...; pero, al menos, que tal persona crea en nosotros, y ésa es la que, en los designios divinos, no debe creer.

Nos avenimos a un destino o país; pero junto a tal persona, o con tales apoyos, y en su carecer es donde Dios ha escondido la vitalidad de nuestro interior, el secreto dulcísimo de nuestra transformación en El.

Y la unión está en quererlo todo como El lo quiere, cuando lo quiere y porque lo quiere.

No hay don total si no hay ese absoluto del agotamiento de sí a su Voluntad Santísima.

Mientras nos queda algo que afinar, que pulir, para que nuestra entrega sea sin condiciones, sin calmantes, sin acomodación, siempre hay una plenitud que nos espera con la fecundidad expectante y maravillosa de totalizarnos en el Amor.

3. Las terceras de nuestras respuestas a las causas segundas es no sólo recibirlas, aceptarlas, hacer de ellas ofertorio y entrega, sin querer alternarlas o hacerlas distintas, sino también el entrar bajo el cobijo de sus puertas estrechas buscando en sus rincones oscuros las huellas del amor.

No deben sacudirse, ni menos repelerse. Las causas segundas hacen sus efectos como las sesiones de "radium", permitiéndolas y entrando en su irradiación.

No es esto pasividad, sino una intensa actuación del Amor. Se necesita mucha fortaleza, mucha energía, para decir SI cuando nos envuelven y arropan estas causas segundas. Hay que poner en movimiento todo el sentido teológico de la vida para consentir en que nos asfixien y vayan ahogando aun los brotes mejores, los más mimados y predilectos de nuestra floración espiritual.

¡Causas segundas! Que no disminuyen nuestra actividad, sino que subrayan la Suya, unción delgada y amorosa con que Dios consagra cada instante y dedica a su culto cada circunstancia.

No pretendamos elevar nosotras mismas las ma-

quetas de nuestra propia perfección. ¡Es tan dulce ignorar el estilo o la línea que El soñó para nosotras!

No pretendamos colaborar en el ideal. El Señor de las cosas, tiene en su mente un proyecto misterioso... ¡Pero acá, en la tierra, es inédito y no podremos rastrearlo siquiera! Respetemos sus patrones en las causas segundas. ¡¡Son siempre tan bellas y seguras las creaciones de Dios!!, aunque tengan que llamarse así, con ese nombre entre comercial y estadístico: ¡causas segundas!

VII

ALBA DE ENCARNACION

¡Angelus de Nazareth fundacional y sustantivo!

Hay aroma blando de primavera en los verdegueantes labrantíos, hay ya sed junto a los pozos encalados y plegaria deseante, expectativa, en los labios purísimos de una Virgen nazarena, toda en flor.

Baja a la tierra una embajada, nunciatura angélica para María la toda blanca, recogida y oculta, desposada del carpintero José.

Los hombres no ven nada, porque no hay taquilla abierta para los más prodigiosos espectáculos divinos, que quedan inéditos hasta el día en que Dios mismo hace su publicidad...

¿No queda escondido bajo la tierra el instante en que el granito muerto rompe en planta nueva? ¿No permanece impalpable a nuestros ojos el momento en que ese penar callado de la enfermita rubia bautiza a un niño aceitunado de la inmensa Paupasia?

Hay estrofas de fertilidad que sólo en el silencio pueden ser verificadas.

Y allí también en Nazareth...

¡El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros!

Momento inefable en que la Trinidad intacta y sin rasgaduras, ha exhalado al Verbo que desciende..., y se mantiene en esa indivisibilidad del Ser divino que aun con diferencia completa en las Personas, es luego todo identidad en su naturaleza, atributos y vida.

El misterio ignoto de Dios. Su enigma personal más intenso, se nos abre en este momento único en la historia...

Y la brisa suave del tímido roce de las alas querúbicas, crea este descorrer de velos y celajes, esta Revelación que nos hará el Verbo del más dulce de todos los misterios.

El Verbo Encarnado es la Revelación de la Divinidad: "El que me ve, ve al Padre, "Procedo de El...", "El Padre y yo somos una misma cosa"...

Todo lo que hace el Padre lo hace igualmente el Hijo.

"Así como el Padre tiene la vida en Sí mismo, así dio también al Hijo el tener la vida en Sí mismo...".

En esta hora de la Encarnación comienza la iniciación que Dios va a hacernos del secreto de su vida trinitaria.

Porque jamás nosotros hubiéramos podido iluminar esta maravilla, ni calcular tales portentos.

Y en el seno inmaculado —claustro de la Trinidad ahora—, se verifica algo que contiene la razón de nuestra participación en la vida trinitaria.

En la Encarnación se confiere a Cristo su "vocación personal", y en ese primer latido de su vivir terreno es ungido, consagrado como Sacerdote...

Esta es su investidura, su misión, su mayor excelencia, la razón misma de su existencia como Verbo Encarnado, es lo céntrico y principal de su primacía... ¡Pontífice que tiende el enlace entre Dios y sus pobrecitas criaturas!

¡Puente colgado, oscilante, para pasar a lo divino!

¡Conexión redentora, tránsito necesario!

Su sacerdocio es su atributo supremo al cual se subordinan y orientan todos los demás.

Y entonces —¡maravilla de las maravillas!— por ese Sacerdote nuestro queda establecida la subida hasta el Padre, recibimos lo divino por la plenitud del Verbo, y penetramos en el ritmo trinitario por la puerta magnífica del Hijo.

"Ut vitam habeant": transfusión de vida no humana, sino divina.

Y cabe preguntarnos: Si el Hijo baja hasta nosotros "encarnándose", ¿sería disparate pensar que ascenderemos hasta el Padre asumidas en su Verbo, por decirlo así, "verbificándonos"?

Almas "verbificadas", compenetradas con Dios a través de Cristo..., ¡¡cuánto las necesita el mundo, la Iglesia, hasta el mismo Dios!!

Almas que encuentran en su identificación con Cristo el principio de toda acción glorificadora de Dios!...

Y así se ha dicho que Dios es la "contemplación de su contemplación" y también que es "el amor de su amor"... Sabiéndonos introducidas por el Hijo en la Familia Trinitaria, sentadas a la mesa con Ellos..., ¿no suscitará en almas muy delicadas el deseo de consagrar más tiempo al conocimiento, a la inteligencia, a la contemplación de Dios?

"Esta es la vida eterna, que te conozcan, ¡oh, Padre!" Esta frase ¿no nos lleva tal vez a razonar que en la vida se hace todo, menos intimar con Dios, tratarle y conocerle?

¿No sobran demasiadas actividades, obras, salidas y entradas en nuestro apostolado y falta, tal vez, ese

hondo y decisivo reflexionar, contemplar y aspirar a Dios?

Dios no se niega a quien lo anhela. Si nos encuentra a menudo como mendigos deseantes al umbral de su misterio, ansiosos de saborear algo de esa simple y purísima cohabitación trinitaria..., el Amor infinito no podrá resistir a nuestra humilde y amorosa búsqueda y "el Espíritu Santo nos enseñará todas las cosas".

Nadie llamó a su puerta, ni aporreó su ventanilla que quedara sin eco.

Nuestra inteligencia irá asimilando a su manera las bellezas que, como cicerones, le explican la revelación y la teología..., hasta el día en que el Amor venga con su indefinida y mística experiencia..., y entonces sabremos..., no para contárselo a los demás, sino para nuestra íntima vivencia, lo que son esas vagas, desleídas e imprecisas noticias infusas de Dios.

Y el pobre espíritu que estaba oscuro y ciego, echa de ver distintamente los resplandores brillantísimos de las lámparas de fuego, con admirable e inmenso deleite, maravillosamente letificada, "puesta en acto de amor, en ejército de amor" (San Juan de la Cruz). "Y esa ilustración de resplandores con calor de amor..., estos visos de la gloria que se dan al alma se llaman también obumbraciones, que es tanto como hacimiento de sombra, que es amparar, favorecer y hacer mercedes."

... ...

¡Todo el proceso de la Redención se verifica a través de una metodología de "donaciones", de un claro sistema de entregas sucesivas, y así ahora, cuando pa-

rece que van a enfrentarse la Justicia y la Misericordia, Dios todo lo soluciona y concilia con la *donación* de su hijo!

"Tanto amó —razón suprema— Dios al mundo..., que le dio a su Hijo Unigénito."

Y es que parece que Dios, allá dentro de Sí mismo, tiene una intimidad psicológica de "donante" y en todo obra conforme a ella, porque todo en El es don total.

Y así, frente a este misterio de la Encarnación, debemos revisar nuestra entrega para consumir, quemar, apurar y agotar todas las tonalidades de la donación.

Tenemos que dar:

—nuestro desarraigo de todo pecado e imperfección voluntaria. No da quien deliberadamente quita.

—nuestros apetitos, tendencias, estilos que sin ser pecado están sintonizados con lo bajo, lo humano, lo natural, lo que no es *divinizable*.

—nuestra superficialidad, carencia de hondura, de profundidad.

—nuestro vértigo, exteriorización, todo eso flotante que estorba lo íntimo.

—nuestro corazón, sus afectos, sus ternuras, sus fracasos, sus martirios.

—nuestra sociabilidad, amistades, trato, expansión, comprensión de otros.

—nuestras empresas, actividades, iniciativas, ilusiones.

—nuestra salud, utilidad, potencia, bienestar, convivencia.

—nuestra fama, honra, pública estimación, prestigio, autoridad.

—"nuestras almas", hijas de nuestra formación, educación, esfuerzos, etc.

—nuestra personalidad, ser propio, mentalidad, criterio, ilusiones santas.

—nuestros caminos, fisonomía espiritual, plan espiritual, dirección.

—nuestros consuelos, gracias, aumentos de virtudes, apoyos, caminos de oración.

—nuestro espíritu, presencia de Dios, sensación de su pérdida, ausencia, pena de daño, médula del alma, sustitución mística, recreación del yo.

—consumación plena, transformación total en la Trinidad.

Todo esto hay que irlo dando, bien unas cosas u otras, según el Señor las vaya reclamando, pidiendo, sugiriendo... Para todos no será "todo" eso, pero cada uno, y en cada hora, debe dar su don entero en sus dimensiones de altura, longitud, anchura y profundidad...

Como el Verbo lo da todo al encarnarse en María...

Jesús podía haber venido al mundo en plena vida, como Ser de los seres. Pero quiso achicarse, empequeñecerse hasta esa mínima expresión del comienzo vital.

¡Qué acertadamente insistía el P. Libermann: "Para reproducir continuamente a Jesús ante el Padre, se impone un continuo anonadamiento"!

Pero todavía más que hacerse algo tan pequeñito... Jesús se despersonaliza, no es nada... En Nazareth nadie percibirá que es todo un Dios "el santo" que va a nacer de María... y ¡ni siquiera José tan servicial, tan dedicado, tan respetuoso, lo sabrá desde el principio!

Cristo, desde la Encarnación en su ser de Sacerdote es inseparable de su ser de Víctima, y esta teología de Cristo Sacerdote basta para colmar una vida y santificar una espiritualidad.

¡Rosario de misterios, de alto estado y perfecciones!

El alma realiza un acto de inmensa "adhesión al Verbo" cada vez que es finamente dócil a las inspiraciones de la gracia..., a ese susurro del Espíritu Santo, que la mueve a más calificada pureza de espíritu, a una rectificación de su proceder, a una más fuerte intensidad de amor...

Todo eso que es luz, deseo de algo mejor, empuje a lo más perfecto..., todo eso nos hace recibir al Espíritu Santo..., que es el Espíritu de Jesús que sopla, crea e infunde en nosotros los mismos sentimientos de Cristo.

Recibir al Espíritu Santo como miembro del Cuerpo Místico, lleva a exquisiteces que en la práctica causan la muerte de todo lo humano.

Recuerdo haber leído una vez en Mr. Olier estas palabras encantadoras: "El "yo" no debe existir ya en el sacerdote, porque el "yo" de los sacerdotes debe convertirse en Jesús que les hace decir en el altar: "Este es mi cuerpo", y así no deben tener otra vida interior que la del Hijo mismo de Dios."

... ...

La hora de la Encarnación es también la primera en que Jesús pronuncia su filial "Ecce venio".

Esta hora no pasará para muchas almas, que harán de esa palabra sustancial, como palabra inspirada y divina, su constante palabra.

Y como María respondió a su sonido con un paralelo y semejante "¡¡Ecce ancilla... Fiat!!"..., las almas que aspiran a encerrarse, enclaustrarse con Jesús escondido en su seno inmaculado, repiten y completan también "¡¡Ecce ancilla... Fiat, Fiat!!".

Estas almas, como María, reciben toda bajada divina por una acepción incesante.

Dios las hace vivir el estado pasivo del don total.

Conocemos muchas que en este SI total y a todo, llevan años y años sin vacilar minutos ni instantes ante ninguna anunciación del querer divino.

Pueden ser reveses de fortuna o complicaciones familiares; enfermedades con sus consecuencias de inutilidad, de incapacitación; o necesidad de un trabajo, de un empleo al que no estaban habituadas.

Puede ser la situación en carne viva con tal hijo, con tal padre; la renuncia a obras de gloria divina, hasta el desfalco de la propia dignidad... ¡Jesús se despersonalizó del todo al decir "Ecce venio"...!

Y toda la acción de estas almas se esa habituación al Ecce y al Fiat, lo dicen en cosas grandes, impensadas, de esas que rompen una vida, y lo pronuncian en lo pequeño, en lo diario, en la cotidianidad pasiva de ese SI a cuanto se presenta.

El comentario desagradable, unas décimas, una observancia que otras olvidan quizá, un detalle, una fidelidad... todas esas cosas que son la fragancia de la Encarnación, el aroma delicado, purísimo, del Ecce, del Fiat.

No pedir una dispensa, no rehusar un servicio al prójimo, ver la manera de agradar aun entristecido, facilitar un consuelo, etc.

Perfume de María cristificada, portante dulcísima del Amor.

Preferir los demás a nosotros mismos, para ellos la salida de excursión, el sitio más atractivo, la silla mejor..., la sonrisa más dulce.

Y dar la sumisión, el rendimiento, la dependencia, cuando vemos que Jesús pierde su libertad, casi se pierde a Sí mismo en el encierro inmaculado.

Eso que tanto cuesta a las almas de mucha personalidad, de recio querer, a las intrépidas y decididas, "dejar de ser", todo eso se va iniciando y repitiendo, una vez y otra, con ganas o sin ellas, pero siempre.

A Sor Consolata, capuchina, Jesús le enseñará que una manera de unirse a su aniquilamiento en la Encarnación, es la inmersión en la vida común. "Sumérgete en la vida común, siempre y en todo. Con toda la perfección. Todo lo que aleja de la observancia de la Regla, y de la vida común, no viene de Mí."

... ...

Florencia. Vigilia de la Anunciación de 1587.

María Magdalena de Pazzis ha sido arrebatada en la oración cuando contemplaba el misterio ardentísimo de la Encarnación. Lleva ya once horas arrobada. La enciende el amor y la inflama el deseo de tener algo que le sea memoria continua de este gran beneficio. San Agustín se deja ver de la extática carmelita y según sus deseos, escribe en el corazón de la Santa: "Verbum caro factum est."

Y Santa Gertrudis, transportada en llamas ante este misterio, escucha las siguientes palabras interiores: "De la suerte que yo soy figura de la sustancia

de mi Padre en la Divinidad, así tú lo serás en la humanidad, recibiendo en tu alma lo que la Divinidad te diere, como el aire recibe la luz del sol. Porque mediante este divino rayo, quedando tú penetrada hasta lo más íntimo de tu alma, estás más dispuesta para más familiar unión conmigo."

Que bajo la luz de este misterio permanezca nuestra alma en un recogimiento inefable...

VIII

EL PECADO QUE HABITA EN MI

El pecado es un hecho. Todos tristísimamente podemos decir, con San Pablo: "El pecado que habita en mí...", pecado que es el fallo, el derrumbamiento y la destrucción del Amor. El pecado es la traición que hacemos a Dios.

Y esto, en los escogidos, en las almas consagradas, en aquellas que El escogió porque quiso, que prefirió entre millares, que seleccionó para sus designios, es el pisoteo de la predilección divina, es la bomba atómica que disuelve la lección del amor.

El pecado camina sobre la sangre de Cristo, nos tiñe las manos con la rojez del deicidio, nos envilece en las peores degradaciones.

El pecado trata a Dios como un indeseable y es el reniego de El.

Parece imposible que el pecado exista, que se dé en la tierra este espantosísimo proceder. Y resulta imponderable que haya podido haber pecado en las existencias puestas aparte, con exclusividad para El sólo.

Sólo cuando se comprende todo el contenido del amor de Dios, se puede sentir intensamente el pecado. Por eso los santos lloran tanto sobre él mientras las almas tibias procuran olvidarlo, disimularlo con ligereza, borrando superfluamente del pensamiento. ¡Si amasen a Dios como Padre, no se contentarían tan pronto de haberlo crucificado!

¡Los santos nunca creyeron haberlo compensado bastante!

Esta pena se clava en el alma que ama, se le hunde en el corazón, se le pincha y atraviesa como una percepción maravillosa del Ser de Dios, de su Divinidad ofendida, de su Amor rechazado.

En la medida en que un alma va adelantando en las vías espirituales, más se acentúa en ella esa tiernísima contrición, así como cuando se entibia, se resfría, diríamos que casi le molesta tener que ponderar sus culpas. Es una espontaneidad del amor que no se perdona tan fácilmente su desplante. En las almas que ha atravesado la noche sutil y delgada del espíritu, esa compunción y dolor de amor se torna llaga, herida y cauterio.

Una de las ventajas que pondera el Padre Santo, es la frecuente confesión y por lo que tanto recomienda que se haga a menudo; es que el alma se afina por ella más y más, se hace más sensible a todo pecado se vuelve más delicada en su entrega y en su fidelidad. La confesión frecuente de una respuesta más determinada y positiva a las exigencias del amor, una conciencia más clara de los matices de la perfección, una luz más intensa de la divina voluntad sobre nuestra vida.

En las almas verdaderamente interiores, en las que su contacto con Dios y su rectitud de intención las hace vivir muy en la verdad, el Señor suele dar muestras continuas de esta finura de conciencia que El pide.

Doña Mariana de Escobar, la insigne virgen seglar que aromó la ciudad de Valladolid en el setecientos, escribe:

"Nuestro Señor, en su infinita sabiduría, mueve en mi alma —para bien de ella— un tan hondo y tan profundo conocimiento propio, que me hace sentir con tal asco cuanto de abominación hay en mí, interior y exteriormente, que es imposible, si El no me da fuerzas, cargar con esta carga tan pesada... Así me oprime metiéndome con tanta fuerza en el abismo de mi vileza y miseria... Y con la fuerza de este conocimiento muchas veces hablo conmigo misma y me digo: "Ven acá, loca desatinada y sin juicio..., muladar inmundo, ¿qué haces?... ¿En qué andas?... ¿En qué empleas todas las horas que el Señor te da, sino en multiplicar las ofensas? ¿En qué andas engañando a todos?..." Con esto deseaba que el Señor me castigase y tomase venganza de quien así le ofendía..., y sin poderme sufrir yo misma, quejábame del poco conocimiento que tenía de mis faltas."

Y como a los principios, sin duda, ella gustaba de otras consideraciones más gratas —que esto suele pasar en los poco contemplativos—, el Señor le dijo: "Ven acá, miserable y sin virtud, mujercilla de nonada... ¿Todo se te ha de ir en visitas que te sean agradables y de consuelo para tu alma? ¡Oh, miserable, y para poco! ¿Quién te ha de suplir tus faltas? Y si no te doy más luz, para que te veas y te conozcas, es porque no desfallezcas viéndote tan llena de maldades y miserias, con resistencia a mis llamamientos, que no te dispones para recibir lo que yo te daría de buena gana si te dispusieras..."

"Todas estas verdades —explica ella— dejaban el alma tan asentada y embebida en la verdad, que ni puede salir ni huir fuera de esto que tan claro ve y

siente, y sé que esta gracia es una de las más aventajadas dignaciones que me hace."

Así estimaban los santos esa merced de "verse en la claridad de Dios", aunque nos llega tamizada y velada, porque en todo su realismo no la sufriríamos en nuestra fragilidad.

Deben tener mucha pena las almas que el Señor da poca luz sobre su propio conocimiento, esas que no han penetrado en ese hondón de su ser de pecado, esas que no son conscientes, como San Pablo, "del pecado que habita en mí".

Generalmente en los primeros fervores, como la claridad interna es muy leve, el alma se ve sin falta, y apunta en su libreta: "ninguna falta deliberada", "ninguna imperfección voluntaria"... Tienen que pasar años hasta que el fuerte desinfectar de las purgaciones va echando fuera, como un insecticida, legiones de culpas, tendencias más o menos consentidas, de gustos del amor propio, de microbios anidados en el subconsciente..., que llegan a producir actos y pecados voluntarios que el alma aprendiza casi ni percibe, porque todavía no es sensible a los derechos divinos, y cree derechos de justicia, astucia de prudencia, necesidad de su vanidad, amor propio, etc.

Otras veces ve que falta, pero justifica su falta, quiere aparecer ante sus propios ojos con una santidad que no tiene, se acoge a la más benévola interpretación de su proceder.

Pero las que el Señor conduce por sus caminos ¡qué agudeza en distinguir las escaramuzas del yo, qué pacífico conocerse y despreciarse!:

"Del amor de Dios —en Doña Mariana de Esco-

bar— procedía el deseo de alcanzar en sumo grado de pureza y limpieza de alma, por ser éste el único medio de aumentar el divino amor. Una vez me pareció que me había distraído algo en las cosas necesarias al gobierno de la casa, pero sin perder la presencia de Dios, y su Majestad me reprendió con grandísima aspereza; pero tienen una cosa las reprensiones de Dios, y es que, con causar tanta confusión y vergüenza juntamente, dejan paz y quietud.

El Señor me mandaba grandes castigos por faltas ligeras, como en una ocasión había oído algunas palabras que hablaban en Valladolid sobre mi santidad, y por la noche advirtióme con aspereza el Angel, que aunque no me hubiese consentido en vanagloria, pero que tuviese tiento con el peligro de oír estas cosas, y me hizo en penintencia postrarme en tierra, inspirándome un acto ferviente de contricción por mi conducta."

De "funestísima" tilda el Padre Santo la conducta de aquellos que ridiculizan o censuran la confesión frecuente, que la tienen por escrupulosa actitud o que insisten pueden utilizar mejor otros medios para el perdón de los veniales. Oigámosle en la Encíclica *Mystici Corporis*.

"Eso mismo sucede con las "falsas opiniones" de los que aseguran que no hay que hacer tanto caso de la confesión frecuente de los pecados veniales cuando tenemos aquella más ventajosa confesión general, que la Esposa de Cristo hace cada día, con sus hijos unidos a Ella ante el Señor por medio de los sacerdotes que están por acercarse al altar de Dios.

Cierto que esos pecados veniales se pueden expiar

de muchas y muy loables maneras, pero para "progresar" cada día con más fervor en el camino de la virtud, queremos recomendar con "mucho encarecimiento" el piadoso ejercicio de la confesión frecuente, introducido en la Iglesia, no sin una inspiración del Espíritu Santo, con el que se aumenta el justo conocimiento propio, crece la humildad cristiana, se desarraigan las malas costumbres, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, y se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias y aumenta la gracia en virtud del sacramento."

Parece que el Vicario de Cristo ya no puede ponderarlo más.

... ...

El Padre Santo clama contra la disminución del horror al pecado. Quien cava un poco en el subsuelo de la vida, ve hasta qué punto el materialismo está en nuestros cimientos. ¿Comprendemos, por ejemplo, los pecados contra la justicia, la obligación de restituir la fama que hemos empeñado, una responsabilidad que hemos eludido, una sinceridad a lo que no queremos exponernos? ¿No hemos dejado que el vértigo —incluso el del apostolado— esa herejía de la acción, nos envuelve como nube de polvo, cegando esas reclamaciones, esa vista clara que tiene el alma cuando mira las cosas exactamente en Dios?

¿Llegaremos hasta el fondo para analizar sin compasión si nuestras actuaciones van con intención torcida, con afanes de ambición, de privar, de lucir de alguna manera?

Hay que ir muriendo, matando, deshaciendo el pecado que habita en nosotros.

Si se da a la preparación para la confesión el tiempo holgado y suficiente, no sólo para el examen, sino para lo que es mucho más importante, la "extracción" del pecado de nuestro más bajo fondo, quedará margen para hacer actos intensos de voluntad "desarraigando de nosotros todo desorden".

Abominar concretamente cada falta, y hacer actos vehementes de supresión, de extinción de todo eso que pulula en nuestro bajo fondo.

"Señor, yo arranco para siempre de mí todo deseo y voluntad de orgullo, de apetencia, de vitalismo de mi yo. Yo expulso y lanzo fuera de mí todo ese malestar que se llama envidia, competencia, deseo de apagar a otros que den demasiada luz... Yo hago el propósito deliberado de no querer en mí nada que se oponga a tus planes, ni aquella ilusión que es contra la obediencia, ni aquel capricho que es salir con la mía... Yo anatematizo y alejo de mí, mi mal natural, mis pasiones inmortificadas, mi atención torcida."

A Santa Gertrudis le enseñó el Señor a echar fuera de sí toda culpa y trasfondo de pecado antes de cada confesión, para que con este acto deliberado de no dejar en el alma cosa que se oponga a Dios, fuera su alma creciendo en pureza estable y en definitiva transformación.

El conocimiento de nuestra misericordia debe desembocar en ese milagro ancho y dilatado de la misericordia del Señor. Nada para dolernos mucho como el sentir que El es tan bueno.

El inocentísimo y angelical Padre Nazario Pérez,

apóstol de la devoción a la Virgen, se confesó diariamente durante toda su vida religiosa, no por escrúpulos, sino por amor, por una dulcísima finura con Dios, que había desarrollado en su alma la Santísima Virgen.

El recio y varonil apóstol de Andalucía, el Beato Diego de Cádiz, se confesaba cada noche con el capuchino que le acompañaba en sus misiones, y ésta era la hora en que al rezar la penitencia casi siempre caía en éxtasis y se arrobaba de amor. Muchas veces fue visto así por su compañero.

El con tanto amor dándose a nosotros... ¿Y nosotros?... La misericordia de Dios es un refugio necesario, imprescindible, tenemos que arrojarnos en ella, hundirnos... Su misericordia es tan superior a todo razonamiento, es tan abundosa sobre nuestros criterios, se derrama de tal forma sobre nuestra maldad, que salta de presa, con una impaciencia, un afán que avanza hacia nosotros... ¡y esa dulce impaciencia se llama María!

Sí, Madre de pecadores. Ella, la que nada rechaza, ni a nadie aleja... La que no se asquea de ninguna de nuestras llagas, la que está dispuesta y anhelante de curarlas todas.

Ella, la Madre de la divina misericordia... La que nos acerca a ese perdón de Dios... Pidámosle la gracia de aprovechar nuestras confesiones como medios de santificación, como aumentos del Amor. Adentrémonos en su Corazón Inmaculado, para que Ella nos enseñe, nos disponga, nos adiestre... Ella, la que nunca desiste ni se cansa de nosotros, la que no se harta, la que no se fastidia... La Madre buena del perpetuo perdón, del incansable Amor...

IX

RETABLO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

Hay en Sevilla una iglesia única e incomparable.

Parece toda ella un tratado profundo escrito cuando la santidad-verdad y el arte maestro se encontraron para pronunciar al mundo el pensamiento de Dios.

Tiene empaque sin lujo y prestancia sin ostentación.

Allí todo es señor y todo es humilde, todo es exactamente cristiano.

La mandó construir a orillas del río, muy cerca de las Atarazanas Reales el Vle. Miguel de Mañara y, por encargo suyo, Murillo y Valdés Leal crearon para ella una obra pictórica inmensa en contenido y ambición: el Retablo de la Vida y de la Muerte.

En lienzos distintos y opuestos, realizaron la obra entera y completa, apasionada y misteriosa.

Más de una vez, presa de la emoción trágica de su verismo, he pensado que toda alma que aspira a la unión con Dios es también un Retablo de la Vida y de la Muerte, es la vivencia de esta obra plástica con sus tramos de destrucción y de vitalidad.

Porque todo nuestro quehacer interno es purificarnos y endiosarnos.

Vida o Muerte.

O nos divinizamos o nos infrahumanizamos.

No hay término medio. No hay puente colgante o suspendido, ...o santos o imperfectos.

Valdés Leal suscita la visión pavorosa del alma

donde todavía hay cosas fétidas, viscosas, purulentas, que emanan de un estado de imperfección, de apostema aceptada, de hediondez no desinfectada ni arrojada al basurero.

Almas aún necesitadas de recia purgación.

No nos parezca excesivo... si *no llegamos a ser lo que Dios quiere de nosotros es por los pecados veniales y las imperfecciones.*

Un alma que no sane su interior, aniquilando su egoísmo, sus afectos terrenos, terquedad, prevención contra los hermanos, vanidad, mal genio..., confort..., que vive al margen de la responsabilidad de aquello que dijo o lo que prometió, que sólo busca "su solución" mientras otros son culpados o sufren por su causa..., ¿no podríamos decir también que fermenta, que se descompone y gusanea como ese implacable Jeroglífico de las Postrimerías?

Ese sarcófago patente es la mejor transcripción del interior de un alma en trance purificativo, abierto a nuestros ojos... Nuestro propio nicho corrupto.

Es como si todas esas cosas que amortajamos con mitras, mantos de Calatrava, solideos y coronas fuesen a justificarnos "porque nosotros lo vemos así".

Hay que vivir la hora de Valdés Leal mirando los hechos en ese realismo implacable de la conciencia, que hiere y flagela la vanidad, que humilla y persigue la relajación y la mentira; decisivo e insobornable como el juicio auténtico de Dios.

Y ante este lienzo audaz e intranquilo hay que tener el valor y el riesgo de internarse en la "noche oscura" cerrada y abundosa en tenebrosidades; la noche espesa y negra en que la tragedia de "matar" todo lo

más íntimo de nuestra pecadora modalidad —de extinguir hasta el cogollo personal y más hondo de nuestro "yo"— se arremolina, se encrespa en un torbellino angustioso, imponderable, de resistencia humana.

Operación purgativa divina y rebeldía inconmensurable de nuestro amor propio que no quiere dejar "*de ser, de tener* y *de estar*".

Es una dramática y penosísima etapa espiritual, que sólo podemos aligerar en la medida en que ayudemos a sepultar hondo el grano de trigo, pisado y podrido..., porque si no muere, no da fruto..., que sólo aquel que "pierde" su alma (y por alma se entiende el propio yo) ha dicho Cristo que la salvará.

¡¡Retablo de la Vida y de la Muerte también de un modo invisible en el templo futuro en ti de la divina Caridad!!

Este capítulo austero y reseco como un tema purgativo será una exposición sencilla y sin método de algunos puntos de corrección; zonas afectadas por la epidemia del pulgón terreno, del sentido natural tan opuesto al Evangelio que es el criterio de Dios.

No se ha de tener por pequeño nada de lo que impide ese sumo bien que es la santidad, ni los aumentos de más crecido amor.

En nuestra búsqueda de Dios... ¿Procuro encontrar un Dios agradable, que no contraría mis aficiones, que subraya mis frases y critica mi modo de ser, un Dios, en suma, "que me va bien", o el Dios concreto del Evangelio?

¡Cuántas veces estiramos o fruncimos las palabras pontificias, las normas de la dirección para quedarnos en paz "sin variar nuestro plan"!...

Queremos un "Dios a la carta", según nuestra facilidad, gusto y capricho.

Me decía una vez una señora muy inteligentemente que ahora todas quieren hacer su voluntad, pero "ganando indulgencia plenaria", canonizándolo todo para no perder su fichaje de almas selectas o de chicas formadísimas.

Como algunas personas que traen por los pelos una cita de tal autor..., ¡y no digamos nada si consiguen encajar en su programa unas palabritas pontificias para justificar lo que tiene poca justificación! La cosa es quedarnos holgadamente con nuestro modo de ser y pensar que con ello agradamos a Dios.

Cuántas almas con una mal entendida modernidad se pasan de rosca, y meten en su vida consagrada cines, novelas, superfluidades mundanas con el pretexto que es "por el mundo mejor".

¡Qué diferencia de ese mundo mejor —transformación de lo humano en lo divino— tan bellamente descrito por Su Santidad, y ese otro mundo mejor, pretexto y tarjeta de entrada que se han buscado muchos, para mundanizarse, aturdirse, soltar reglas y cónones con una despreocupación y ligereza aterradora.

Hay cosas inmutables y una de ellas es "la atención a lo interior".

"Dios, el primero en mi servicio", decía Juana de Arco... ¡El tiene que ir antes que el prójimo... El... el Absoluto!

¿Cuánto tiempo das al Unico necesario, a Dios, personalmente?

¿Deseas muy de veras poseerlo y ser de El poseída, o esto casi ni se te ocurre?

¿Qué sitio tiene la oración en tu vida, la dejas alguna vez, te cansa, te fastidia?

Mira el camino espiritual como lo entendieron los santos por si tienes algo que desembarrar.

Aunque te resulte un ácido agua-fuerte de tonos borrascosamente ascéticos y oscuros. Ten ánimo y resolución

... ...

Estamos en 1578. Portugal vive su gran epopeya africanista entre entusiasmos y patrióticas valentías, hasta la triste jornada que terminó con el hijo Rey de la piadosísima recoleta Princesa Doña Juana.

Había marchado a Arcilla, junto a su Monarca, el Prior agustino de Peña-Firme, que ejercitó su ministerio entre los tercios de la Infantería portuguesa y desbaratado por una lanzada, cayo al fin cautivo y fue conducido a Mequinez.

Allí —escribe el mismo fervorosísimo Fray Tomé de Jesús— "hallándose solo en oscura prisión, ya con hierros, ya sin ellos, logrando con mucha industria y secreto papel y tinta, escribiendo la mayor parte sin más luz que la que entraba por las rendijas de la puerta o agujeros de las paredes, escribí lo que la divina luz comunicaba a mi interior sin merecerlo..., y confieso en su misericordia, que antes ni después, ni entonces, supe el modo como me lo hacía escribir..., porque no es efecto de mi ingenio, sino dádiva de la fuente soberana, que no pierde la luz aun cuando pase por muy bajos lugares, ni me pesa de que con ella se reconozcan mejor mis podredumbres".

El humildísimo religioso que así escribía, era un maestro de espritu, de gran experiencia e intensa comunicación divina.

Thomé Alvarez de Andrades y de Paiva, de los Condes de Lemos, unos de los señores más nobles y favorecidos de la Corte de Portugal, había ingresado en su florida juventud en el Convento de Nuestra Señora de Gracia de Lisboa. Sus estudios aventajadísimos de Coimbra y su celo de recolección religiosa patrocinado calurosamente por el Cardenal Infante Don Enrique, le valieron con la aprobación y amistad de los fervientes, el aborrecimiento y la persecución de muchos, al dedicarse a establecer la Reforma, sólo con sujetos de espíritu, cosa que le acarreó numerosas contradicciones y trabajos.

Varias veces Provincial y Maestro de novicios, el Señor le esperaba en tierras marroquíes para ocultarlo del todo a los ojos humanos y verterse en su alma con gran comunicación e ilustraciones.

Fue su virtud tan sólida y real que afanada su hermana la Condesa de Linares en que regresase a su patria, puso en ello su mejor empeño el Rey Don Felipe II. Desengañó a todos los emisarios, no queriendo dejar su destierro y cautiverio, sintiendo tan sólo no sentir tanto desamparo como había soñado. Santísimamente expiró con el nombre de Jesús en los labios, y portentos no comunes dieron más relieve a la ya fama adquirida de su admirable santidad.

Pues bien, desde un rincón de su cárcel oscura, el venerable va a darnos una lección provechosísima sobre el conocimiento propio, para desarraigar y perseguir en nosotras todo lo que se oponga al don total.

Nuestro poético y armonioso San Juan de la Cruz hubiera llamado a estos apetitos y vicios mal curados "las raposas destruidoras de la viña en flor", y a todo eso que es mal, imperfección, foco purulento, o al menos, inquietud, desasosiego de afanes, "leones, gamos, aves ligeras, etc.".

Fray Tomé, en un clima más recio y duro, dice sencillamente:

"Tres señales hay por donde comúnmente se conocen los espíritus engañados:

1.ª Que viven en un género de seguridad que falsamente llaman paz, y se creen ellos mismos tan acertados que no se sujetan a consejo, siendo doctrina de los perfectos, que aun los más santos y contemplativos, si no tienen sujeción para tomar consejo de los experimentados, más se deben llamar "propietarios", porque sin dirección van muy descaminados."

Este es el primer punto de purificación en que con maestría segurísima el Santo Prior señala ese orgullo, de gran voltaje, de quienes tanto se fían de sí, que no se muestran ni acusan, ni presentan a juicio de directores del espíritu, sino que ellos solos fallan y deciden.

En esto pueden insinuarse engaños, falacias y equivocaciones no poco nocivas para muchas almas que se tienen por espirituales y aprovechadas, y que carecen de esa sencillez y humildad tan difícil que es la de declarar toda nuestra miseria, sin arreglo o afeite, sino tal como es, con un ansia recta y purísima de encontrar a Dios sólo.

Volvamos a leer en nuestro cautivo:

"La segunda señal, que nace de la primera, es que con pretexto de virtud no sufren que nadie los contra-

diga, de donde nace, si alguien les muestra su yerro, agitarse, impacientarse con frases irónicas o descompuestas, prorrumpiendo en muchas palabras, justificándose con su capa de virtud. Indígnanse en seguida de los defectos de sus prójimos, con color de celo, y fácilmente juzgan mal de ellos, sin compadecerse y sobre todo, sin tenerse a sí mismo en menos que los demás."

¡Qué tino poseía este religioso para dar en el blanco; qué puntería tan acertada! Qué difícil es que las almas un tanto halagadas en empresas apostólicas, mandos, iniciativas, se tengan sinceramente en menos que los demás..., que su amiga la secretaria, que su prima la que no trabaja tanto, etc...

Y la tercera señal —dice nuestro Prior— "es que se dedican poco al ejercicio de las virtudes, siendo éstas los verdaderos nervios y fuerzas con que el espíritu se mantiene. El peligro en que estas almas viven es muy largo y necesitan fuerte remedio".

Y termina con esta frase orientadora y magnífica: "De donde yo entiendo que todo se reduce a la total entrega de la persona y de sus cosas interiores y exteriores, "renunciándolas" y poniéndolas en Dios *siempre* y para siempre, sin resistencia alguna voluntaria.

Y cuanto más *entregada del todo* esté la dicha alma a Dios, más perfectas, puras y encendidas son las operaciones que en ella obra el divino amor."

Nadie dudará que este gran Maestro merece ser mirado como una de las almas escondidas y fecundas que entre los numerosos santos del quinientos vivieron en nuestra Península la plenitud del don total.

Como las lavanderas cuando están restregando las

prendas, las golpean, las retuercen, las estrujan, para que vayan blanqueándose y queden del todo limpias, así el alma debe tener el arrojo de meterse en la lejía y jabón de un claro y propio conocimiento, o rogar y pedir a personas de su confianza, amigas sinceras, o hermanas si es religiosa, que les digan y les señalen todo lo que sea opacidad, mancha, algo tiznado o con ligera sombra en ese mantel blanco y terso con que el alma de don total debe abrir su espíritu siempre a punto para una mística celebración.

No es nada agradable para la naturaleza, pero ya Jesús dijo en el Evangelio que el Reino de los Cielos sufre violencia, y sólo los que se la hacen lo arrebatan.

No lo conseguirán esas almas egoístas, incapaces de lo generoso, que critican y tachan y hasta se ríen y burlan a los que comienzan en serio y a fondo la vereda exacta del Evangelio.

No hay peor enemigo que esa hipocresía de la tibieza que llama ser sencillas a lo fácil y cómodo, a no intentar lo duro, lo desgarrante para el "yo", el no tener "sentido de Evangelio" al pie de la letra.

... ...

Cara a cara del Jeroglífico de las Postrimerías, vemos en la iglesia de la Caridad un San Juan de Dios luminoso y sobrenaturalizado. Forma parte del Retablo de la Vida, y es como una transparencia clara del alma ya purgada.

Tiene el encanto de una risueña serenidad.

Es el reposo del alma en la Verdad.

Es la fragancia del corazón tranquilamente humillado.

Es un cuadro para la despaciosa contemplación del espíritu solitario.

Porque existe una soledad interior que es la que nos despuebla y deshabita... cuando el "yo" se ha desintegrado por el conocimiento propio, cuando el alma se desvaloriza a sus propios ojos y se desprecia a sí misma con sencillez...

Es como una terrible crisis financiera.

Es la quiebra de la personalidad, que nos arranca de nosotros mismos... y si hacemos el don total de ese "ser" ..., y llegamos a *no ser,* traspasamos la corruptibilidad del amor propio.

Y el alma se siente sola..., porque le falta lo natural...

San Juan de Dios es de los santos que de modo más concluyente han prescindido de sí.

Si abriésemos el interior de las sepulturas misteriosas de las almas, encontraríamos una grata placidez en las del todo purificadas..., está el nicho limpio y bienoliente..., como clarificado.

Y con una fragancia anticipada de santidad.

Como las flores que son más bellas cuanto más hundida tienen en tierra la raíz.

Así en los rosales aromosos de Mañara, rosales que hoy subsisten en la Caridad sevillana, junto a las Atarazanas..., allí a la orilla del Guadalquivir.